

ciar las obras a partir del pago por los usuarios, ya sean carreteros o arrieros, tomando en cuenta la unidad de transporte, carretas en el primer caso y cargas (que corresponden a dos tercios que puede cargar un animal) en el segundo, comparando estadísticamente el monto de este impuesto con los de otros rubros de Real Hacienda (Obras Públicas y producción metalífera); asimismo recoge datos sobre la forma en que se efectuaron las obras, utilizando inventarios de herramientas y utensilios, así como de víveres y bastimentos para los trabajadores y los animales, mencionando sus precios y también los sueldos y salarios de empleados y trabajadores, verificando para estos últimos el pago en moneda y especies y la distancia que con respecto al costo de vida caracteriza a sus "salarios" y que puede ser cubierta merced al acceso a los productos de la tierra, por ser mano de obra eminentemente campesina.

Completan el trabajo cinco apéndices que ilustran algunos de los temas trabajados por la autora.

Deolinda Villa Esteves

SALAS DE COLOMA, Miriam. *De los obrajes de Chincheros a las comunidades indígenas de Vilcashuamán, siglo XVI.*, Sesator, Lima 1979; 183 págs.

La publicación de este libro resulta un hecho positivo para la comprensión de la realidad histórica peruana; por la relativa novedad del tema tratado, como de su autora. Miriam Salas había sustentado en 1976 la Tesis "el Obraje de Chincheros" (Pontificia Universidad Católica, 2 vols.) para optar el grado de Bachiller, resultando la suya una de las solitarias investigaciones emprendidas sobre lo que en palabras de la autora vendría a ser "la entidad productiva básica" del "sector manufacturero" de la economía colonial [los únicos trabajos conocidos sobre el tema son, como la misma autora indica, el libro de Silva-Santisteban (1964) y los artículos de Maximiliano Moscoso y Alejandro Málaga Medina]; pero ésta no había venido siendo —injustamente— mayormente utilizada, ni su autora había seguido el camino hoy usual de publicar un artículo condensatorio. Una presentación en un Seminario organizado por el Centro Federado de estudiantes de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad, en 1977, y una nota en la revista *Economía*, a cargo de Heraclio Bonilla en 1978, fue toda la difusión que el trabajo había tenido hasta hoy (Heraclio Bonilla, "Obrajes y economía colonial", *Economía*, vol. I, nº 2, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima 1978). La edición hecha, como desde ya viene comprobando-

se, constituirá la mejor arma para conjurar este inmerecido silencio.

Para su publicación, la Tesis original ha sido reelaborada en algunos pocos puntos (casi sólo cambios en la redacción) y amputada en otros (ha desaparecido, por ejemplo, la crítica de la fuente básica: la *Visita* realizada al obraje de Chincheros entre enero y agosto de 1601 por Alonso de la Zerda y de la Coaña; y, lo que es más lamentable: ha sido suprimida la *Visita* misma, que constituía el segundo tomo entero de la tesis presentada; seguramente por disminuir los costos de la edición); pero, fundamentalmente, lo publicado es el resultado de la misma investigación lo que no es advertido por la autora en su introducción al libro. Los tres años transcurridos desde la sustentación no han producido cambios medulares en la exposición.

Además de la *Visita* ya mencionada, Miriam Salas ha utilizado entre otras fuentes: el libro de cuentas de Pedro Valenzuela, administrador del obraje en los años finales del siglo XVI —importante para el tratamiento del lado interno del obraje—, y los Libros de Cabildo de Huamanga, correspondientes al mismo siglo.

Por otra parte, el título del trabajo resulta ahora más específico: incluye al obraje de Canarias; que fue el primero fundado por el dueño del obraje visitado en 1601 (desapareció una vez fundado éste), y a las “comunidades indígenas de Vilcashuamán”. A este respecto, uno de los méritos del libro es, efectivamente, el intento de rastrear las dos caras del proceso histórico de los obrajes: la española y la indígena. Aunque el intento no es muy logrado, y el primero y dos últimos capítulos (de los ocho que componen el libro), dedicados a la “historia indígena” quedan un tanto desconexos del conjunto. Aquí se presenta, en nuestra opinión, un problema de utilización de fuentes; todas, pues, finalmente hispánicas, carácter del que no se toma mucha conciencia, y así, la historia indígena aparece como protesta o como subordinación, siempre sólo como determinada por lo europeo.

Por lo que respecta a la “historia de los vencedores”, la autora comienza por trazar una biografía de Antonio de Oré, fundador del obraje de Canaria y de Chincheros, rastreándolo desde su llegada a Huamanga como simple ‘estante’, y a través de su vertiginoso ascenso hasta convertirse unas tres décadas después en Cabildante, encomendero, hacendado, minero, obrajero, comerciante y fundador y benefactor de monasterios. Un estudio como éste es importante para esclarecer en el futuro lo que es uno de los propósitos del libro: “la gestación del poder español en Huamanga”. El aporte de Miriam Salas es una magnífica semblanza del enriquecimiento y ascenso social de un español en los inicios de la Colonia; pero un caso, o dos, no son suficientes para generalizar acerca de

la gestación del poder en un centro. Nos queda pues, la labor de estudiar (verificar) la representatividad de los Oré. ¿Su caso fue una excepción o constituyó más bien la norma en la “gestación del poder español en Huamanga”? ¿Cuántos, como Oré —y Valenzuela, su administrador— utilizaron el matrimonio como trámite para el acceso al poder político y económico, y con qué éxito? Y, ¿sobre qué reglas descansó este uso?

Estudiado el hombre, el libro dedica ahora la parte central al tratamiento de la empresa: la mano de obra, el circuito de producción y consecución de los insumos, el grado de división del trabajo y la comercialización de los tejidos del obraje. Sorprende algo que, sin embargo, es cada vez menos sorprendente en la historia económica colonial: la heterogeneidad en la calidad de la mano de obra (que va desde ‘yanas’ hasta asalariados). Tal parece que cada vez debe tomarse más en cuenta este elemento como inherente a la economía colonial, sobre todo en sus sectores más desarrollados en cuanto creación de ‘valor agregado’.

Los últimos capítulos, como ya se dijo, tratan sobre las comunidades indígenas, las consecuencias que en ellas tuvieron la instalación de los obrajes, y sus protestas. Estas, bajo formas mítico-religiosas primero (el Taki Onqoy) y luego por los canales más formales que ofrecía el sistema jurídico de la administración colonial. El estudio de los mecanismos de esta transición es otra de las tareas que nos deja el libro.

Finalmente, nos queda por sugerir la necesidad, en futuros estudios sobre los obrajes coloniales, de vincularlos al conjunto de la economía en que se insertaron: tanto a nivel macro-económico (su relación con los sectores agrario y minero, más extensos y autónomos) como micro-económico. Este último nivel pues, es propicio averiguar las pautas que rigieron complejos empresariales como el de los Oré. Asimismo, sería importante el estudio de los obrajes en un contexto de más larga duración, que cubra los siglos XVII y XVIII; en primer lugar porque el modelo económico de su funcionamiento debió necesariamente sufrir modificaciones para perdurar en el largo plazo; y, en segundo lugar, para analizar con mayor profundidad las vinculaciones entre la economía obrajera y el conjunto de la economía y sociedad coloniales en un plano diacrónico de largo alcance.

Las perspectivas que para la investigación abre el libro de Miriam Salas son amplias, lo que sobradamente defiende la importancia de su lectura para los estudiosos de la realidad nacional.

Carlos Contreras.